

otro modo, qué perfecciones de Dios invitan a esa unión íntima y, a la vez, la hacen inalcanzable. En este apartado aparece uno de los temas más recurrentes de la teología analítica: el significado y la justificación de Dios como ser absolutamente perfecto, que se suele denominar anselmianismo. Murphy plantea la posibilidad de que esta caracterización se deba a la absoluta santidad divina: «lo que asegura que un ser absolutamente perfecto cuenta como absolutamente santo es que la perfección absoluta asegura la presencia del hiato de valor entre el ser absolutamente santo y los seres limitados» (p. 49). Este modo de entender la perfección divina trata de combinar el Dios de la tradición religiosa con la definición «anselmiana» de Dios. El último apartado del estudio de la santidad se centra en el otro extremo de la relación: la santidad de lo que no es Dios, donde Murphy presenta una propuesta a partir de la relación entre Dios y lo no divino.

La segunda parte del libro es una propuesta para matizar la comprensión de la acción divina a partir de su santidad. Así, se ofrece un marco –la santidad– para explicar algunas de las cuestiones más relevantes para la teología analítica: en este sentido, hay que señalar que la acción divina se refiere a la creación (cap. 7), la Encarnación (cap. 8), la expiación y la Redención (cap. 9) y la vida eterna (cap. 10). Como puede verse, los temas que trata son muy variados, y no puede pasarse por alto que los especialis-

tas en cada una de estas áreas, con toda seguridad, detectarán puntos discutidos, interpretaciones matizables o relaciones que el autor puede haber pasado por alto. Junto con esto, también podrán reconocer el mérito de poner sobre la mesa estos mismos temas y, sobre todo, de tratar de encontrar un medio para afrontarlos. Cabe señalar que el libro termina con un apartado dedicado a la humildad de Dios, a la luz tanto de su santidad como de su acción, y que sería, en cierto sentido, la consecuencia natural de considerar la santidad absoluta de Dios y el hecho de que actúe en favor de su creación.

Murphy presenta una propuesta de teología analítica, por tanto, con la que pretende alterar el discurso habitual de otras propuestas: no tanto porque cambie el contenido, o introduzca un nuevo tema, sino porque ofrece un marco de referencia novedoso, como es el de la santidad. Este nuevo marco hace accesible al lector formado en una de las tradiciones filosóficas con mayor peso en la actualidad –la analítica– un modo de tratar sobre Dios que ensancha su horizonte. Al mismo tiempo, puede verse como un intento de acercar posiciones que parten desde otras tradiciones: así, la santidad de Dios –y de las criaturas– aparece como un tema común que, a diferencia de lo que suele pasar, es una cuestión central para la comprensión de la teología, ya sea analítica, natural o revelada.

Rubén PEREDA

Byung-Chul HAN, *No-cosas. Quiebras del mundo de hoy*, Madrid: Taurus, 2021, 144 pp., 13 x 21,5, ISBN 978-84-306-24348.

Se trata de un ensayo muy fácil de seguir, ágil, pleno de sugerencias, muy actual, y, por qué no decirlo, algo –a mi juicio– pesimista. Sugerente respecto al enfo-

que; pesimista en cuanto a las consecuencias. La tesis principal es el olvido de las cosas, aunque más que un olvido es una sustitución. La palabra *cosa* aquí se refiere a

lo sólido, a lo firme, a la cifra del orden terreno como diría Hannah Arendt. Y es la *cosa* la que pierde espacio para cobrar protagonismo lo digital. Y así el hombre, desde la perspectiva heideggeriana del autor deja de ser un *dasein* (*un ser-en-el-mundo*), para convertirse en un *inforng* (que vendría a ser un ser-en-la-nube).

La *no-cosa*, lo digital está al servicio del hombre. La existencia torna en un cuidar-se. La *no-cosa* es la información. La información sorprende, cambia muy frecuentemente, no es estable porque está variando cada minuto, falsea acontecimientos, la verdad ya no está en el tapete de la actualidad porque pierde interés. Hay necesidad de nuevos estímulos constantemente. La memoria no puede acumular tanta información y pierde su rol. Lo silencioso, lo discreto, lo cotidiano, las cosas mismas ya no están en el mundo de lo terreno como sostén... No hay sitio para anclarse en el ser, sino en la contingencia. Anclarse en la contingencia es un oximoron, pero es que vivimos en una especie de coexistencia con lo virtual, vivimos en la nube. De la verdad se pasa a la era de la información *posfactual*. La información es volátil, y su lugar no es el mundo sino la nube, el sitio donde se vuela. Todo lo que pide tiempo, parece desaparecer. No hay tiempo para la verdad. Por eso se habla –se vive– últimamente de excitación, emociones, afectos... La razón... parece un cuento. Lo que requiere tiempo –la confianza, la fidelidad, el compromiso, las obligaciones, etc.–, pierden prioridad, pierden consistencia, pierden... fuerza, pierden al fin y al cabo su ser. La capacidad de contemplar, de observar, de conmovirse ante lo duradero no entran en el mundo de la nube, de la información. Se viaja sin enriquecerse de experiencias porque todo queda en la nube, en el selfi, en el smartphone. Se pierde memoria simplemente porque apenas se usa. Y si se pierde la memoria la identidad

entra en crisis. Por eso también la identidad se pone al servicio del capricho, de lo volátil. Todo es efímero. Se vive en ello, en la *no-cosa*.

El capítulo sobre el silencio, el penúltimo, es, a mi modo de ver, el más agudo. «La basura de la información y la comunicación destruye el paisaje silencioso, el lenguaje discreto de las cosas» (p. 101). Lo sagrado está ligado al silencio, pero vivimos en un tiempo sin consagración, irreverente, pues escuchar es la actitud más religiosa por excelencia. El yo ruidoso, cargado de información se despersonaliza, se aísla, se queda sin mundo, siendo cosa que coexiste con las *no-cosas*, pero cosa al fin y al cabo. Sin embargo, es el silencio contemplativo el que redime, restaura, renueva, se sorprende no de los estímulos pasajeros, sino de lo bello y eterno. El silencio nos hace mejores, porque nos saca de sí. «Guardar silencio significa retirarse. El silencio es también un fenómeno de ausencia del nombre. No soy dueño de mi mismo, de mi nombre. Soy un invitado en mi casa, solo soy el inquilino de mi nombre» (p. 103). Esto es muy nietzscheano, porque de esto ya hablaba Nietzsche refiriéndose al concepto de «genio del corazón». Si la filosofía de Nietzsche no acabara en el nihilismo y tuviera una salida más airosa, no tendría nada que objetar a este último pensamiento sobre el silencio. Por eso, entre otras cosas el pesimismo con que el autor descifra la era de la *no-cosa* deja un regusto muy amargo, aunque las sutilezas de los análisis son brillantes. Pero brillan en el diagnóstico social. Sin embargo se echa en falta una terapia luminosa y esperanzadora. Es fácil detectar, y difícil construir. Para mí el genio más auténtico debería ir en esta línea, sin embargo nos hemos hecho una idea de genio demasiado romántica, por no decir romántica.

Alberto SÁNCHEZ LEÓN